

Opinión



Ricardo Ávila Pinto
ricavi@portafolio.co
Twitter: @ravilapinto

CARTA DEL DIRECTOR

Carbón en picada

Cuando los medios de comunicación hacen el resumen diario de los indicadores económicos, solo hablan de las cotizaciones del petróleo y el café en los mercados internacionales. A fin de cuentas, se trata de los dos productos históricos que ocupan un lugar de preponderancia en las exportaciones colombianas desde hace décadas.

Nadie, por el contrario, se refiere al carbón. Dicha omisión es injusta cuando se tiene en cuenta que el mineral ocupa el segundo renglón en las ventas externas del país, con un peso que en el 2018 llegó a representar el 18 por ciento del total. Aparte de ser grandes proveedores para múltiples plantas termoeléctricas en las más diversas latitudes, también somos importantes para la industria siderúrgica global a través del coque, pues estamos entre los cinco proveedores más relevantes del planeta.

Debido a esa circunstancia, es justificado encender las alarmas, ya que en lo que va del 2019 los precios del combustible han caído a la mitad, al pasar de 86 a 43 dólares la tonelada en el caso del carbón térmico. Circunstancias como la preferencia por otras opciones a la hora de generar energía o la volatilidad en el valor de los hidrocarburos, combinados con el comportamiento de la oferta, explican la descolgada.

Sea cual sea el motivo, lo ocurrido es inquietante. Para comenzar, hay un impacto en los ingresos de divisas. Dado el notorio aumento en el saldo en rojo de la balanza comercial, algunos llegaron a abrigar la esperanza de que los despachos del mineral ayudarían a corregir el desbalance, algo que, evidentemente, no va a suceder. Es posible, incluso, que la brecha se amplíe.

No menos importante es el efecto sobre cientos de operaciones locales de me-

“**Los precios del mineral, que es el segundo renglón de las exportaciones, han bajado a la mitad en cinco meses, con implicaciones en varios frentes.**”

nor escala, ubicadas en el altiplano cundiboyacense, Antioquia o los santandereños. Si bien la devaluación del peso ayuda a la hora de manejar los costos, la caída es tan abrupta que será imposible evitar las pérdidas.

El riesgo es que vengan cierres de minas, con el consecuente aumento del desempleo o, peor aún, que se reduzca el cumplimiento de medidas de seguridad para hacer economías, algo que se traduciría en accidentes. Los voceros de la actividad afirman que hay 130.000 personas contratadas directamente por las empresas del ramo.

En lo que atañe a las grandes explotaciones, tampoco hay buenas señales. La principal dificultad está en el Cerrejón, en donde decisiones de orden legal llevaron a que los proyectos de expansión quedaran archivados en la práctica, con el peligro del agotamiento paulatino de los tajos presentes. Todo apunta a que el principal empleador en una zona en donde abunda la informalidad tendrá una nómina más reducida.

El estancamiento que corre el riesgo de convertirse en declive, se nota en las estadísticas. Según las cifras

de la Agencia Nacional de Minería, las exportaciones pasaron de 90 millones de toneladas en el 2016 y el 2017, pero bajaron a 84 millones el año pasado. La proyección para el calendario actual es de 88,5 millones, pero fue hecha antes de que se viera el desplome en las cotizaciones.

Si la depresión de los precios se prolonga, tanto departamentos como municipios sentirán el coletazo. Aunque todavía es difícil comprometerse con una cifra, será difícil mantener igual el giro de regalías que en el 2018 ascendieron a 1,87 billones de pesos.

Así las cosas, vale la pena prender las luces de alerta, tanto por lo que la mala hora del carbón pueda afectar a la economía, como por las implicaciones en materia de empleo, impuestos y contribuciones. Con más de 16.500 millones de toneladas de reservas, Colombia tiene cómo ser una potencia carbonífera hasta finales del próximo siglo, pero para que ello suceda el negocio tiene que pintar mejor que ahora. El cambio en la matriz de generación energética global no es el único riesgo.

Gentrificación o la regeneración de las ciudades

Beethoven Herrera Valencia*



Aprovechando una de mis visitas posdoctorales a Nueva York, decidí visitar Harlem, barrio emblemático de Manhattan, famoso por las malas condiciones en las que históricamente vivió allí la población afrodescendiente. Hoy, se ha convertido en una zona de construcciones modernas y el precio del suelo se ha elevado astronómicamente. Y, por supuesto, la población afro salió de allí por la presión de los precios.

Ello se podría comparar con lo que ocurrió en el puerto de Guayaquil con la remo-

delación del malecón, o en Ciudad de Panamá en la zona costera y con la conversión de la antigua aduana de Buenos Aires, en los elegantes restaurantes y residencias de Puerto Madero. La misma impresión me llevó cuando regresé a lo que había sido Chambacú hace medio siglo, hoy convertido en zona residencial y comercial en Cartagena.

El proceso de recuperación de sectores deprimidos para reincorporarlos al mercado de tierras y construcción se ha denominado ‘gentrificación’, término usado por primera vez por la socióloga Ruth Glass en 1964. Se trata de una transformación socioespacial por la cual la población original de un barrio, ubicado generalmente en el centro y

“**En vez de generar integración social, la gentrificación ha reproducido la exclusión, con desplazamiento de los anteriores pobladores de los barrios recuperados hacia zonas más periféricas.**”

que en su mayoría está constituido por una población marginal o con bajo poder adquisitivo, es progresivamente desplazada por otro grupo social cuyos ingresos son mayores.

En Estados Unidos, la ciudad de Raleigh, fue un claro ejemplo de gentrificación, pues a los barrios afroamericanos cercanos al centro de Raleigh llegaron residentes blancos que se han visto atraídos por centros urbanos revividos. Antiguamente, estas zonas habían sido estigmatizadas, ya que por el abandono gubernamental se habían precarizado.

De modo que en lugar de generar integración social, la gentrificación ha reproducido la exclusión, con un nuevo desplazamiento de los anteriores pobladores

de los barrios recuperados, hacia otras zonas más periféricas.

En Madrid, barrio Chueca tenía problemas de inseguridad, drogas y prostitución, pero fue rehabilitado y posteriormente comercializado, lo que generó un desplazamiento de la población original. A partir de una situación de abandono, en esas zonas de baja inversión pública, se deterioran las edificaciones por la ubicación cercana a actividades informales y marginales como la prostitución o el narcotráfico, generando un proceso de estigmatización hacia esa área y su población.

Este fenómeno permite a los promotores inmobiliarios atraer a sectores de mayor ingreso a comprar a bajo precio, con el fin de edificar, reconstruir o rehabilitar la zona

para comercio, banca o como lugar de residencia. Este proceso suele ir acompañado de un fenómeno especulativo dentro del mercado inmobiliario, donde el objetivo es maximizar las ganancias con una baja inversión, acompañado de la construcción de infraestructura pública.

El encarecimiento del costo de vida en dichas zonas impide a la población original vivir allí, bien sea por el aumento en los impuestos o los costos de alquiler, siendo este un proceso indirecto de desplazamiento, a diferencia del proceso directo que es cuando la población original se ve obligada a vender y recibe por ello una indemnización o remuneración.

*Profesor, U. Nacional y Externado
Colaboración Miguel González

Portafolio

El Tiempo Casa Editorial
www.portafolio.com

Copyrights © 2019.
EL TIEMPO Casa Editorial S.A.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.

Director
Ricardo Ávila Pinto
ricavi@portafolio.co

Editor adjunto y jefe temático
Edmer Tovar Martínez

Subeditores
César Augusto Giraldo Briceño
Luisa Constanza Gómez Rodríguez

Rubén López Pérez
Subeditora de Opinión
Rosa María Cárdenas Lesmes

ECONOMÍA Y NEGOCIOS
Constanza Gómez
Andrés Cárdenas
Adriana Leal Acosta

Sala de Redacción
Gabriel Flórez
Sebastian Londoño

Alfonso López Suárez
Laura Viviana Lesmes Díaz

Editor Portafolio.co
Pedro Miguel Vargas Núñez

PERIODISTAS EN COLOMBIA

Medellín: Jorge García
Bucaramanga: Félix Quintero

Oficinas de EL TIEMPO

Cali: José Valencia
Ibagué: Fabio Arenas

Oficinas de EL TIEMPO

Barranquilla: Estewil Quesada
Eje Cafetero: Fernando Umaña

Director Gráfico
Belman Pinilla

Jefatura de Diseño
Juan Manuel Leal

Concepto Gráfico y Diseño Editorial
Diana Yamile Acosta González

Diseño y Diagramación
Diana Yamile Acosta G.
Edwin Puentes Martínez

Infografía
José Alirio Díaz

Fotografía
Casa Editorial
EL TIEMPO

Colaboradores
Beethoven Herrera,
Mario Hernández Z.
Camilo Herrera M.,
Manuel J. Cárdenas
y Gustavo Morales C.

Gerente Portafolio
María Cristina Amaya Hoyos
marama@eltiempo.com
Tel.: 2940100 Ext.: 2860.

Jefe Mercadeo
Ibón Andrea Bernal Torres,
ibober@eltiempo.com

Oficina de redacción, administración y ventas
Avenida Calle 26 No. 688-70
Bogotá, Colombia. Tel.: 2940100.

Suscripciones
Bogotá: 3538888
Línea Nacional:
01 8000 118080
Medellín: 2507988
Cali: publicidad: 6836000

Servicio al lector
Bogotá: 6687155
Barranquilla: 511077
Ibagué: 610799
610790
Commutador: 2940100.